Tom. III. Num. 57. —49— 12 de Mayo de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Estravagancia, cuento ú fantasia.

—Por aquí, por aquí, señorito: pise usted con mucho tiento. Entre estas colgaduras de damasco puede usted escuchar y ver perfectamente; pero, por Dios, que no lo sepa mi señorita: ya podia yo preparar el atillo.

—No tengas cuidado, Mariquita; nadie sabrá que me has introducido hasta aquí. Yo quiero convencerme por mí mismo....

—Pues me parece que no ha de tardar usted, señorito; es la una en punto y ya está vestida y esperando, si no me engaño; pero ¿á qué hora le ha citado á usted?

—¿No lo sabes, Mariquita? me ha citado á las seis.

—Pues, adios!

—¡Adios!

Quedó solo y escondido entre las colgaduras el caballero que acababan de introducir en la habitacion de su amada, y á poco rato se presentó esta vestida con la mayor elegancia, y se reclinó muellemente en un sofá, bien agena de que la estaban observando á dos pasos de distancia. Durante el curso de algunas horas oyó nuestro jóven los juramentos de amor mas espresivos, y al dar las seis uno de los relojes de sobremesa, salió con tiento de su escondite, y dando la vuelta por las habitaciones interiores se presentó á la bella Inés, que se adelantó á recibirle con las mas vivas demostraciones de cariño. D. Felix, no pudiendo reprimir el enojo que le tenia fuera de sí, murmuró entre dientes algunas palabras que escitaron la curiosidad de su amada. Grandes debian ser los celos que afligian al enamorado caballero, pues á las reiteradas preguntas que á cada paso se le dirigian con la mayor dulzura, solo contestaba apartando sus ardientes ojos de los de aquella sirena encantadora. Preciso será, si queremos saber si son fundadas sus quejas, que le escuchemos con alguna atencion.

¿Y aun, Inés, me has preguntado
que por qué estoy enojado?
¡Reniego de mi fortuna!
Yo vi que el duque embozado

entró en tu cuarto á la una.
¿Por qué su mano agarraste
con sonrisa seductora?
Inés, yo debo olvidarte....
A los piés de usted, señora.

—

Mas no he de salir de aquí
sin decirte; ¡vive Dios!
Inés, lo que padecí
cuando observé desde allí
que entraba el conde á las dos.
Yo clavaba en mi despecho
las uñas en la pared,
y.... si él reina en ese pecho....
señora, á los piés de usted.

—

Pero ¿olvido en mi dolor
que suspirando á tus piés,
ví luego al señor Marqués
jurándote eterno amor
al dar el reloj las tres?
Y si esto he visto, traidora,
¿por qué tu labio engañoso....
separarnos es forzoso:
á los piés de usted, señora.

—

¿Por qué detenerme así?
¿Pensarás que aun te idolatro?
No; ya reniego de tí.
¡Ingrata! tambien te ví
con el vizconde á las cuatro.
Y si te puedo juzgar
presa en su amorosa red,
¿qué mas debo yo esperar?
Señora, á los piés de usted.

—

Suelta el brazo ¡voto á quién!
porque de cólera brinco;
mas que justo es mi desden,
mira que te ví tambien
con el baron á las cinco;
y, pues á usted la enamora
uno á cada campanada,
ya no debo esperar nada:
á los piés de usted, señora.

Y apartándose Don Felix
de su Doña Inés querida;
gime, y llora, y va bajando
la escalera echando chispas,
prorumpiendo en juramentos
de no volver á subirlas.
Pródigos en el jurar
son los que de amor suspiran.

—

El demonio, que anda siempre
sediento de rebujinas,
dispuso que un embozado
de estremada gallardía
subiese en el mismo instante
las escaleras arriba.
—Alguno de mis rivales;
dice Don Felix con ira.
Y de pronto:—¿Caballero?
¡Eh! ¿caballero? le grita.
—¡Cómo! ¿qué es esto, Don Felix?
Dijo una voz conocida.
—Señor Don Pedro ¿usté aquí?
—Vengo á hacer una visita.
—¿Conoce usté á Doña Inés?
—¿Quién, la Inesita? es mi amiga.
¿Y de usted?—Ha sido amante.
¡Qué escucho! ¡votova Cribas!
Dijo Don Pedro enojado.
—Sí; ya me lo presumia;
Repuso Don Felix; ¡Oh!
que las armas lo decidan;
pero, sepa usted, Don Pedro,
que es una muger inícua.
A mí me citó á las seis:
á uste á las siete le cita,
y á otra caterva de amantes
ha citado á horas distintas.
Quizá, quizá hasta las doce
entrando y saliendo sigan.
—Don Felix ¿Es eso cierto?
—Cierto: mi honor os lo afirma.
—Pues, opino que aquí mismo
la averiguacion prosiga.
—Ese es mi mayor deseo:
concluya tanta perfidia.

Y lo que hicieron los dos,
si no mienten las noticias,
es detener embozados
y darles cuenta exactísima
de que tiene Doña Inés
mas amantes que camisas.
—Siete somos, caballeros;
siete somos ya las víctimas
y hasta las cinco otras cinco
se ofrecieron á mi vista.
—Y ahora vuelven á ofrecerse
y con la paz les convidan,
dijeron cinco que entraron,
haciendo una cortesía.
—¿Qué es esto? esclamó Don Felix.
—Muy fácilmente se esplica,
respondió uno. A mí, señores,
me citó á la una esa arpía,
y como yo sospechaba
que eran falsas sus caricias,
salí y esperé embozado
por detras de aquella esquina,
hasta que entrar y salir
ví al segundo, á quien noticia
le dí de lo que pasaba;
y tomando igual medida
con otros tres que salieron....
venganza ya nos anima.
Son las doce de la noche
y pues la hora nos convida,
que se dé un trueno espantoso.
¡Fuego! y rebiente la mina!
—Sí, sí, venganza anhelamos.
Gritó Don Felix ¡Arriba!
Y subieron la escalera
con infernal gritería.

—

Y todos juntos de rondon entraron,
y entraron todos juntos de rondon,
y hasta la alcoba audaces se zamparon,
y creció mas y mas la confusion.
Doña Inés, que por nada se amedrenta,
pues consumadas tiene hazañas mil,
con ademan resuelto se presenta
y enmudece á su voz la turba hostil.

—

¡Caballeros! poco á poco,
les grita con arrogancia,
que mientras yo tenga alientos
nadie á mi persona ultraja.
Si de los doce escuché
dulces y amorosas ansias,
¿á cuál de los doce dí
la mas remota esperanza?
Yo quise, escuchando á todos,
ver quien mas me interesaba,
para despues á los once
dar una respuesta franca.
Pero, pues no les merece
ningun respeto mi casa,

y de constantes blasonan,
pues me acusan de inconstancia,
cuando quizás el que menos
á diez seduce y engaña;
yo haré que el que ame su vida,
confiese en breves palabras
cuántos son sus compromisos.
¡Ea! que salgan á plaza!
repuso con voz de trueno.
Y vieron como por magia
dos pistolas en sus manos
y en sus dos ojos dos llamas.

—

Atónita quedó la turba-multa,
al mirar el de Inés fiero ademan
y allá en su pecho cada cual consulta.
Muy malo es el morir ¡votova San!
Miraron todos al que entró á la una
queriéndole decir: empieza tú.
Y él, aunque maldiciendo á su fortuna,
se erigió en director con Belcebú.
Numeróse la gente con buen modo.
Uno, dos, tres y cuatro, cinco y seis,
se aliniaron despues codo con codo,
y empezaron á hablar como vereis.

1.

¡Pobre de mí pecador,
que á Inés vendí santo amor
con juramentos prolijos!
lo confieso con rubor:
soy casado con diez hijos.

2.

Yo ando de noche y de dia
con amorosos enredos.
Y.... ¡estravagante manía!
Me suelo chupar los dedos
tras de las amas de cria.

3.

Pues yo, sin ponderacion,
ni saber por qué razon,
me voy siempre como un cohete
con diabólica intencion,
tras las mozas de retrete.

4.

Tres hijas tengo á la par
de un boticario muy rico,
y aunque las quiero atrapar,
de ellas no puedo sacar
mas que *jarabe de pico.*

5.

Tanta es ya mi travesura
que he llegado á cobrar fama;
hoy me adoran con locura
siete *sobrinas* de un cura,
muy parecidas á *su ama.*

6.

Pues yo, autor de este alboroto,
nunca en el placer me emboto,
ni me paro en pequeñeces:
cuatro maridos me han roto
la crisma otras tantas veces.

7.

Aunque he llegado á entender,
que en el variar está el goce,
poco es lo que puedo hacer,
porque tengo á mi muger
que vale por diez ó doce.

8.

Pues donde me ven aqui,
aunque soy un mozalvete,
cuatro se mueren por mí.
(Y continuó para sí:
y una es la muger del siete)

9.

Yo, como buen malagueño,
tras ellas me despepito;
mas no formo mucho empeño:
la que ve este cuerpecito
no vuelve á probar el sueño.

10.

No hay consejo que aproveche,
si se trata de que no eche
flores y tambien guirnaldas,
hasta á las burras de leche,
si las llego á ver con faldas.

11.

Tengo en casa tres doncellas
estremadamente bellas,
que hacen por servir escesos:
cuanto mas me cuidan ellas,
mas voy quedando en los huesos.

12.

Yo, ya que canto de plano,
tanto en amor desatino,
que emprendo, si viene á mano,
con todo el género humano,
esceptuando el masculino.

—

—Pues que sé vuestros pecados,
fuera ya de aquí, canalla,
que ya Doña Inés Mendoza
puso término á sus ansias,
y á estas horas tiene ya
quien le guarda las espaldas.
Dijo, y corrió de un tiron
las cortinas de su cama,
y todos á un hombre vieron
tendido en ella á la larga,
que sacaba los bigotes
por entre sábana y sábana.
—Vedle aquí, este es mi marido;
despues de las doce dadas
por una puerta secreta
se introdujo en esta sala,
y acabó de convencerme
de su amor y su constancia,
cuando yo ya prevenida
con un cura le aguardaba.
De súbito y sin andarnos
en repulgos de empanada,
la bendicion recibimos
con suspiros y con lágrimas,
pasando como relámpagos
desde el altar á la cama:
cada cual en este mundo
tiene sus estravagancias.
Y, pues que ya de mi honor
les di cuenta muy sobrada,
¡Fuera! ó les haré salir
á tiros y á cuchilladas.

—

Y el manto con que cubre su albo pecho
arroja Doña Inés sobre un sillon,
y salta como un gamo sobre el lecho,
dejando á la caterva en suspension.
Pero al ver que sus formas hechiceras
mas que su arrojo admiran varonil,
lanzando aquí y allí miradas fieras;
grita ¡Fuera, ó disparo, chusma vil!
Y calló Doña Inés, esto diciendo,
y en el lecho se entró sin tus ni mus,
y se largaron ellos repitiendo:
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!

MANUEL JUAN DIANA.

A DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

¡Qué cosas, Ayguals, tienes!
no hay paciencia de santo que te aguante;

quien contigo disputa
tiene sed de sarcasmos y de ultrages.
Me has puesto, lo confieso,
cual poner suele la verdad un sastre,
como un gato un ovillo,
como un coche simon un meriñaque.
¡Y yo que lo sabia!
¡yo que sabia, como todos saben,
que toda tu familia
siempre ha tenido cosas singulares!
Raros son tus hermanos,
y mas que todos raro fué tu padre,
que hizo la estravagancia
de hacerte á tí, mas que él estravagante.
Te probé con razones
el influjo benéfico del hambre,
y tú no me contestas
sino con alusiones personales.
No se enseña tal lógica
en Vinaroz ni en Alcalá de Henares;
nunca insultos groseros
los argumentos sólidos deshacen.
¿Critico yo esas barbas
con que espaciosa tu barriga barres,
y que son un prospecto
de tu estravagantísimo carácter?
¿Critico yo esa talla
que nunca fué de moda aquí ni en Flándes?
¿te digo yo que ruedas
cuando vas muy de prisa por la calle?
No, redondo adversario,
tu estatura me importa tres tomates;
yo razones alego,
nunca echo mano de burlescas frases.
Estrañarás sin duda
que cuando aun brota á borbollones sangre
de las anchas heridas
que recibí en el último combate,
te rete nuevamente....
sí, te reto feroz, y no lo estrañes,
que al cabo la fortuna
(te lo diré en latin) *jubet audaces.*
¡Otra vez á las armas!
moja, moja tu péñola en vinagre;
no saldrás ¡voto á cribas!
tan bien como del otro de este lance.
Ofreciste en la *Risa*
dilucidar cuestiones importantes,
y he visto entre ellas una
que es la mas peliaguda y la mas grave.
Preguntas ¡qué pregunta!
que vale mas en este mundo infame
ser sabio sin dinero
ó ser con arcas llenas badulaque.
Esta pregunta es necia,
tan altamente necia que equivale
á preguntar al hombre
si prefiere dos bienes á dos males.
No hallarás uno solo
que no sea, o Ayguals, de mi dictámen,
que el dictámen contrario
al sentido comun fuera un ataque.
Es un gran mal ser sabio
y ser pobre otro mal tambien muy grande,
y es un gran bien ser necio
y ser rico otro bien inmensurable.
Pruebas tengo de sobra
y á presentarlas voy; vamos por partes,
que yo me bato en regla
lo mismo con pistola que con sable.
¿Qué es un sabio? es un hombre
que ha llegado á saber que nada sabe,
y este conocimiento
le hace ver lo poquísimo que vale.
De todo lo que observa
á las causas intenta remontarse,
y encuentra un *quid ignotum*
del cual nunca pasaron los mortales.
Allí se para el genio,
allí pliega las alas arrogantes,
allí conoce el sabio
que es con sed de saber un ignorante.
Ve sin barniz alguno
las penas de este mundo miserable,
do el hombre, si se eleva,
es sobre un pedestal de vanidades.
Como un médico enfermo
que lleva en su interior terrible cáncer,
ve las llagas del mundo
y ve que son atroces é incurables.
No le alhaga la gloria,
pues sabe que sus mimos son falaces,
y de sus ilusiones
una flor se le lleva cada instante.
Y agrega á todo esto
que como es infinito en todas partes
numerus stultorum,
tropieza sin cesar con botarates.
Halla el nombre de sabio
donde quiera usurpado por pedantes
que en mucho son tenidos,
y el vulgo les admira y les aplaude.
¡Y un necio! ¿qué es un necio?
el mundo que es certero en sus refranes,
y que en esto de apodos
da mucha propiedad á su lenguage,
de bienaventurados
da el nombre á los muy necios, pues constante
sus bienes la ventura
siempre entre los mas necios los reparte.
Oficinas recorre,
ministerios, palacios de magnates,
y audiencias, y colegios,
y concilios tambien y catedrales,
y verás la ignorancia
cubierta de favor y dignidades,
disfrazada de sabia
con togas y con borlas doctorales,
con fajas y entorchados,
con recua de libreas y de pages,
con mitras, y capelos,
y coronas, y tiaras venerables,
y títulos que á un tiempo
dan influencia y metálico sonante,
y esclamarás conmigo,
despues de un largo y detenido exámen,
«¿para tontos y tunos
de la nada este mundo, Dios, sacasteis?»
Me dirás que ser tonto
es harto vergonzoso... ¡Disparate!
este es un mal oculto
que quien lo sufre mas, menos lo sabe.
De los dones sin cuento
de que á Dios son deudores los mortales,
solo hay bien repartidas
nuestras intelectuales facultades.
Con ellas supo el cielo
á *todos contentar*: es indudable
que hay muchos hombres tontos,
mas que se juzgue tal no he visto á nadie.
Hay dos clases de tontos (1)
ó, si tú quieres, tontos de dos clases,
unos que les importa
un pito de las ciencias y las artes,
y otros tontos tan tontos
que no llegan de mucho á rocinantes,
y Sénecas ser creen

(1) Aunque tonto y necio no son voces sinónimas, en este romance se emplean indistintamente como si lo fuesen.

sin que haya de este tema quien les saque.
¡Felices unos y otros!
los primeros son hombres vegetales,
que á ser todos cual ellos,
no habria, no, teatros, ni farsantes,
ni códigos, ni imprentas,
ni senados, congresos, ni almanaques,
pero tampoco habria
esas que tantas hay casas de orates.
No saben si la luna
la luz del sol recibe rutilante,
mas les alumbra á ellos
como alumbró á Newton que en paz descanse.
Ignoran qué principios
constituyen la atmósfera ó el aire,
mas ellos los respiran
lo mismo que un Orfila, y adelante.
Si tienen buen olfato,
sin meterse en pistilos ni en estambres
su pituitaria alhagan
las *flores con perfumes* agradables.
Envidia, Ayguals, envidia
la gran felicidad de esos salvages,
que en paz dejan eterna
los libros descansando en sus estantes.
La otra clase de tontos
es no menos dichosa y envidiable....
¡Oh! un tonto presumido
goza en la tierra una ventura de ángel.
Ensarta desatinos,
cada palabra suya es un dislate;
mas faltarle no puede
otro mas tonto que él que oiga y alabe.
Si algun hombre sensato
se burla de sus muchas necedades,
el tonto presumido
otras sigue vertiendo imperturbable,
que ó toma por aplausos
hasta los mas burlescos ademanes,
ó bien se compadece
de cuantos mofa de sus cosas hacen.
Ya así probado queda
que es mas feliz que el sabio el botarate;
si ahora probar logro,
lo que al mas topo pareciera fácil,
que es mas feliz que el pobre
quien tiene buenas onzas ó caudales,
salido habré del paso
y haré por fin, aunque el rubor te mate,
que á discrecion te entregues,
dándote por vencido en el certámen.
Desde que el mundo es mundo
ha sido siempre el pobre despreciable;
no hay moza que le mire,
chico ni grande can que no le ladre.
No hay asqueroso bicho
que en el hambriento el hambre cruel no sacie,
tentacion que no sufra,
ni autoridad que no le pida el pase.
No hay falso testimonio
que el vulgo alguna vez no le levante,
y las manos de *Chico*
tiene siempre á dos dedos del gaznate.
A la menor sospecha
le enseñan el camino de la cárcel,
y cuando menos piensa
se encuentra en relacion con un alcaide.
El defiende los tronos
y eso que llaman patrias libertades,
y se hace las narices
por cerros y collados y breñales,
y si triunfa la causa
que sin saber cual es le cuesta sangre,
ve ¡qué gusto! á los unos
subtenientes ayer, hoy capitanes,
á los otros en fajas
distintivos trocar de comandante,
y él se queda tan guapo,
y como un brazo ó algo mas le falte,
le dicen: «camarada,
si tienes pan para hacer sopas, hazte.» (1)
¿Y si está enfermo? ¡ay triste!
en un camastro do tres horas antes
estuvo con viruelas
otro pobre quizás, dos ganapanes
al hospital le llevan
para que un torpe medicastro ensaye
un plan que han encomiado
venidos de Paris dos charlatanes.
Le matan y le entierran....
mas no le entierran, no, que su cadáver
sirve de pasatiempo
á tres ó cuatrocientos practicantes.
Hecho ya longaniza,
al cementerio llévanle, y ni un *pater*,
y ni un *requiem*, ni un *kirie*
cantan para su bien los capellanes.
Ayguals, esta en compendio
es la historia del pobre... ¡Voto á sanes
que tiene tres bemóles
preguntar si es mejor la de un magnate!
Compara con la vida
del pobre la del rico ¡qué contraste!
mientras aquel ayuna,
este se zampa pollos y faisanes.
Aquel emprende á pata
por mas callos que tenga todo viage,
aunque mas largo sea
que cuantos ha emprendido Magallanes,
y el rico en carretela
que tiran dos normandos arrogantes
va al Príncipe, va al Circo,
va á la casa de enfrente que dan baile.
Viene el cólera morbo,
y el rico marcha al punto do ni se hable
de esta terrible peste,
y si esta va donde él, él va á otra parte.
Si acaso entre él y un pobre
alguna vez se mueve un rifirrafe,
aunque razon no tenga
el mundo se la da.... y los tribunales.
Si roba, (por supuesto
el rico cuando roba roba en grande)
se acuesta tan tranquilo,
ó va á ver como ahorcan á un tunante
que teniendo gazuza,
para hacerse unas migas ó un potage,
á instancias del estómago
robó un poco de aceite y cuatro panes.
Si figurar intenta,
es siempre senador y siempre alcalde,
y es siempre lo que quiere
manden los unos ó los otros manden.
Aunque tenga joroba
y ostente cojo un pié y otro le falte,
le dicen las hermosas
que tiene un *no sé qué* que las atrae.
Y el *no sé qué* á que aluden,
cual es sé y tú tambien y ellas lo saben:
mejor que una pistola
un duro entre mugeres paso se abre.
Le dicen que es chistoso
si ensarta sin cesar barbaridades,
y prudente si calla
en alguna cuestion interesante.
A un enfermo visita,
y aunque el timpano á gritos le taladre,

(1) Dicho ó adagio de la tierra de la *reira de Deu*, libremente traducido al castellano.

ningun deudo le indica
que hable un poco mas quedó ó bien que calle.
Si le amaga la muerte,
todos le ocultan el terrible trance,
y dándole confianza,
almibaran sus últimos instantes;
mas si agoniza un pobre,
sin preámbulo alguno y sin disfraces
le dicen: «amiguito,
de Josafat te aguardan en el valle.
Estírate, si puedes,
que el carpintero tienes ya delante,
te tomará medida
y el ataud concluirá esta tarde.»
De esta manera al pobre
tan brusca, tan soez, tan fulminante,
le arrancan la esperanza,
la única flor que en la agonía nace.
¡Ay Ayguals! si añadiera
lo que puedo añadir, interminable
como todo lo malo
seria á no dudar este romance.
¿Qué dirás? ¿qué argumentos
á datos opondrás irrecusables?
respuestas evasivas
cosas que en nada á la cuestion atañen.
Verterás mil denuestos,
que estoy gordo diras, que tengo carne
para poblar de nuevo
toda la España de robustos frailes.
¡Oh traidor adversario!
¡cómo el furor te ciega, ilustre vate!
morir nada te importa,
mientras tambien con tu contrario acabes.
¡Ay! los flacos se rien,
esos hombres que pueden devanarse
conocen su impotencia....
¡y sin embargo han de salir triunfantes!
Coligate con ellos,
así me vencerás en el combate,
mas te llegará el turno
como al hombre funesto de la *salve*.
Me llamarás entonces
viendo hundido en el polvo el estandarte
de los gloriosos gordos,
pero yo entonces te diré: ¡ya es tarde!
¡Cuándo nuestras cuestiones
debieran entre nos dilucidarse,
llamas á los Villergas,
á esas víboras secas y mordaces!
¿No tiene nuestro bando
hombres de pró y de prendas relevantes?
allí están los Bretones,
allí los Baldovís y Abenamares.
¿Quién pues te manda, mísero,
al juicio de un flacucho sujetarte?
¿ves como nos ha puesto?
tuya es la culpa, Ayguals, de este desastre.
Con que, si de otros nuevos
víctima ser no quieres, si un adarme
te queda de cariño
al partido de gordos respetable,
Ayguals, un gordo sea
que en esta cuestion dé su dictámen,
pues solo de este modo
nos podemos librar de una catástrofe.
¿Lo harás así? lo dudo;
sé demasiado lo que todos saben,
que toda tu familia
siempre ha tenido cosas singulares.
Raros son tus hermanos,
y mas que todos raro fué tu padre,
que hizo la estravagancia
de hacerte á ti mas que él estravagante.

A. Ribot y Fontseré.

Á D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

CONTESTACION.

Bien quisiera hacerme el sordo;
pero, amigo, está el busilis
en que no sufre mi bilis
insultos de un hombre gordo.
Te horripilas porque saco
tu gordura á colacion.
¿Y puede tener perdon
el que te apellide flaco?
¿Y esto lo tomas á insulto?
¿Y dices que me desbordo?
Tranquilízate, hombre gordo:
sosiegate, hombre de bulto.
Pues no haya miedo que rompa
mi silencio la sin hueso,
ni te iguale por lo obeso
á un elefante sin trompa.
¡Oh! siempre yo me contemplo
muy comedido y prudente,
y en motejar insolente
jamás seguiré tu ejemplo.
Que aunque á insultarme comienzas
con mil apodos violentos,
venceré con argumentos
tus osadas desvergüenzas.
A mí tú no me jorobas
prorumpiendo en desatinos:
ni me importa dos cominos
que peses cuarenta arrobas.
Aunque en paseo por lo ancho
llames la atencion de todos,
no usaré de malos modos
que al buen callar llaman Sancho.
Y por mas que te desbordes
contra mí en amargo estilo,
yo te dejaré tranquilo
que comas, bebas y engordes.
Se ve que estás en tus glorias
devorando y te rebulles,
y salchichones engulles
como el jaco zanahorias.
Come en paz y duerme en paz
y haz en paz cuanto te antoje,
que no he ser quien te enoje,
pues nunca he sido mordaz.
Quiero que aprendas de mí,
que aunque tu afan me provoca,
no ha de salir de mi boca
ni una injuria contra tí.
No basta tu cantinela
contra esta víctima triste,
sino que tu audacia embiste
á toda mi parantela.
Dices que ni aquí ni en Flandes
se estiló nunca mi talla....
Calla ya, insensato, calla,
que es mi talla de hombres grandes.
Ese frenesí reporta;
y sábete, gordinflon,
que el grande Napoleon
era hombre de talla corta.
Pero la tuya al contrario,
aunque te irrite y te asombre,
jamás fué la talla de hombre,
que fué la del dromedario.
Y si tu cólera lidia
con insultos chavacanos,
si ultrajas á mis hermanos
es porque rabias de envidia.
Válgame Dios ¡qué rollizo!
¡Estás, Ribot, que rebientas!

En tus manazas ostentas
por cada dedo un chorizo.
Ya se ve, viene de casta
esa obesidad inmensa,
pues tu padre es una prensa
de carne: todo lo aplasta.
El cuello de su camisa
dá una sábana diforme,
y con peso tan enorme
rompe las piedras que pisa.
Su cuerpo al de la ballena
dejó atras en dimension.
Gordos tus hermanos son
con cara de luna llena.
Mas probaré de mil modos
que aunque gordos todos ellos
desde el pié hasta los cabellos,
tú eres mas gordo que todos;
Pues logró hacerte tu padre
mas gordo que él, no es insulto,
de modo que al ver tu bulto
no hay perro que no te ladre.
¡Carambita! ¡carambola!
¡caramba! no es mal enredo
decir que cuando ando, ruedo
como si fuese una bola.
¡Hombre bárbaro y cruel!
¿Cómo tu pluma me ultraja
siendo tú, humana tinaja
ó estrambótico tonel?
Yo rodar, votova Briós,
por vida de Mari-Blanca
que te haré ver con la tranca
quien rueda mas de los dos.
Y no me importa que ladres,
pues me rio de tu encono;
mas lo que no te perdono
es que insultes á mis padres.
Si formó un ente lunático
el padre que me enjendró,
la madre que te parió
parió un globo aereostático.
Y mira no te deslices,
pues como de humor me encuentre
demostraré que en su vientre
quedáronse tus narices.
Con ridícula fatiga
mis defectillos escarbas
y te burlas de mis barbas
porque barren mi barriga.
Mátame con un trabuco
y mis barbas deja en paz,
pues las críticas mordaz
porque las tienes de eunuco.
Es tu cara de pastel,
tu nariz una lenteja,
tu bigote es una ceja,
tu perilla es un pincel.
En una cosa tropiezo
que te favorece en parte,
y es, que no pueden ahorcarte
porque no tienes pescuezo.
¡Cómo se quedára el juez
hecho un infeliz berrugo,
cuando el mas diestro verdugo
no te encontrara la nuez!
Mas basta de necedades
y haya paz entre los dos,
porque nunca, vive Dios,
gasté personalidades.
Mi fina amistad te ofrezco
con cariñoso entusiasmo:
yo jamás uso el sarcasmo
y el epígrama aborrezco.
Puedo asegurarte en suma
que te dejaré tranquilo,
pues al sarcástico estilo
no está avezada mi pluma.
No se yo ¡votova Cribas!
como hay quien insulte osado.
En esto soy moderado
y siempre odié las diatribas.
En afectuosa liga
quiero abrazarte ante el orbe,
con tal de que no lo estorbe
tu descomunal barriga.
El corazon me robastes:
ven, cariño mio, arrima;
mas no te me eches encima,
porque temo que me aplastes.
Ven que quiero darte un beso,
y comer contigo un tordo.
De hoy mas no te llamo el gordo:
he de llamarte *el obeso.*
Ni el apodo de panzudo
te dará por mí un mal rato:
ni he de apellidarte el chato,
sí no el hombre narigudo.
Con los gordos en resumen
formaremos un complot
del cual tú serás, Ribot,
capitan por tu volúmen.
Y el dia del tole tole
haremos una tortilla
de flacos como Zorrilla,
que insultaron nuestra mole.
Yo diré: ¡aquí que no peco!
si en mis falanges te albergas,
y ¡ay de Príncipe y Villergas!
¡ay de Zorrilla y Canseco!
Cuantos delgados asomen
sentirán nuestra venganza.
¡Mueran los hombres sin panza!
¡Vivan los del ancho abdomen!
Si arrugados como pasas
los flacuchos nos embisten,
¿cómo, infelices, resisten
nuestras formidables masas?
Dejemos por compasion
á esos humanos fideos,
y tratemos sin rodeos
el punto de la cuestion.
Entre ser sabio profundo
y abrumado de pobreza,
ó ser necio con riqueza,
prefieres tú lo segundo.
¡Hombre inmoral y nocivo!
no estraño que te desbordes
y tan sin vergüenza engordes
si estás por lo positivo.
Dices que medran los necios
en este valle de agravios
y el mérito de los sabios
solo recibe desprecios.
Es verdad de Pero Grullo,
y no seré quien la ataque.
De aquí tanto badulaque
lleno de audacia y orgullo.
Dices que solo el dinero
tiene razon en el mundo.
Esto con dolor profundo
tambien yo lo considero.
Añades en conclusion
que el sabio acaba en mendigo.
Tambien mi querido amigo
en esto tienes razon.
Que en este mundo inmoral
no hay mas que engaños atroces;
mas, qué son, Ribot, los goces
de esta mansion terrenal?
Si olvidando el purgatorio
te lanzas á los placeres

y entre el fausto y las mugeres
vives cual Don Juan Tenorio.
Si no ves el precipicio
á que alucinado llegas
y torpemente te entregas
á las delicias del vicio.
Si prefieres el sendero
del crimen á la virtud,
elige la ineptitud
y sobre todo, el dinero.
Mas si ambicionas la calma,
no importa que oro no sobre,
porque es mas feliz el pobre
que tiene tranquila el alma.
¿Qué alcanzó Lucrecia Borgia
en perene regocijo?
ser la víctima de su hijo
en los placeres de una orgía.
El sabio pobre, contempla
las riquezas con desden
y cuando pierde algun bien,
la razon su dolor templa.
Mas de desliz en desliz
vaga el necio, y sufre y llora,
y cuanto mas atesora
se mira mas infeliz.
El sabio pobre y honrado
sufre tranquilo su suerte
y cuando llega la muerte
ve su mérito premiado.
Que si en este infame suelo
vivió pobre en un rincon,
Dios le da su galardon
al recibirle en el cielo.
Por mucho que el fausto alhague...
por mucho que el oro ciegue...
no hay plazo que no se llegue
ni deuda que no se pague.
¡Prefieres ser rico y lerdo!...
¡Qué así, Ribot, te desbordes!...
Cuanto mas ahora engordes
mas tendrás el fin del cerdo.
No hagas ¡oh Ribot! alarde
de no temer precipicios.
Refrena, incauto, tus vicios....
Para enmiendas nunca es tarde.
Mira que ni San Antonio
te valdrá en el fuego eterno.
¡Mira que se abre el infierno!...
¡Mira que aguarda el demonio!...
Y por mucho que te alhague
la vanidad y te ciegue....
no hay plazo que no se llegue
ni deuda que no se pague.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

AMBIGÚ.

Perdigones asados.

Desplumados, destripados, chamuscados y mechados con tocino delgado, se ponen á asar los perdigones á fuego templado, y se sirven acompañados de limon.

Cuando no hay tiempo suficiente, ó no se quiere mecharlos, se les emboza á lo ancho con tocino, y se cubren con hojas de parra.

Perdigones con criadillas.

Se cortan en pedazos gruesos las criadillas del tamaño de avellanas, se pasan por manteca con setas y especias, mezclando carne picada y majada de aves. Con este picadillo se rellenan los perdigones destripados, se cuecen y se les añade una salsa de criadillas.

Ensalada de perdigones.

Se cuecen los perdigones y se colocan en un plato, despues de haberlos tenido en adobo con cogollos de lechugas cortadas en dos ó cuatro pedazos, y sus intervalos se llenan de pepinillos, huevos, anchoas ó criadillas para adorno del plato, y en el momento de servir se les echa el pebre del adobo.

DE LA PERDIZ.

Hay dos especies de perdices, la roja y la parda. La primera mas estimada es tambien mas rara que la segunda. Los perdigones se conocen fácilmente en que tienen el estremo del ala terminado en punta, cuando las perdices le tienen redondo.

Perdices cocidas.

Se las mecha y emboza con tocino y hebritas de ternera: se prepara una cacerola con lonjas de tocino y se ponen en ellas las perdices con zanahorias, cebollas, un ramillete y desperdicios de carne; despues se sazonan y mojan con caldo y una parte igual de vino blanco, cociéndolo todo á fuego lento. Luego se pasa el cocimiento desengrasado, y se añade el zumo de una naranja agria y una cortecita de limon rallado: se echa la salsa por encima y en lugar de caldo para humedecerlo se puede emplear la esencia de caza.

Perdices con coles.

Se toma una col de un tamaño regular, que se corta por medio y se blanquea en agua hirviendo: despues de haberla sacado y escurrido, se esprime toda el agua que sale de ella, y se atan los dos pedazos á una con dos perdices bien desplumadas, destripadas y chamuscadas, á las que se deberá torcer las patas y que aun puedan mecharse. Se ponen en el fondo de una cazuela algunas lonjas de tocino con dos sesos, seis salchichas, dos zanahorias y otras tantas cebollas, se sazona con sal y pimienta, y se pone á fuego lento con nuevas lonjas. Cocido todo se saca la col, partiéndola para que salga todo el caldo, y se ponen las perdices con las coles partidas en tiras: sobre cada una de ellas se coloca la mitad de una salchicha, un pedacito de tocino y otro de sesos cortados y las zanahorias se ordenan del mismo modo. Se pasará el cocido, y se sirve sobre las coles.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.
IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.